

La Conquista de Málaga en la producción histórico-literaria del Siglo XV: Un incunable de 1487 en la Biblioteca Auxiliar del Archivo Municipal

“Oratio Petri Bosca...in celebritate victorie Malachitane per Serenissimos: Ferdinandu & Helisabeth Hispaniarum principes catholicos...” Del taller que el famoso impresor Eucharius Silver tenía en Roma salió, en el año 1487, el valioso y único incunable de la Biblioteca Auxiliar que presentamos en exposición. Una joya bibliográfica escrita en latín que forma parte de la producción histórico-literaria de siglo XV sobre la Guerra de Granada, y que recoge el suceso histórico de mayor trascendencia ocurrido en la ciudad “la Conquista de Málaga” pues, al valor que lleva intrínseco el libro, por su antigüedad, se une el de ser testimonio coetáneo de cómo se relataron los hechos.

Hemos de remontarnos al siglo XV y esbozar brevemente cuál era la relación que mantenía la Monarquía Hispánica con el Papado para situar nuestro ejemplar en el escenario temporal en el que nace.

En estos años, las relaciones Iglesia-Estado basculaban entre la centralización política en torno al poder real con la reivindicación de competencias eclesiásticas de los monarcas en sus reinos, por una parte, y las pretensiones del Papado que acentuaba su soberanía participando en el sistema político de los distintos estados, por otra. La realeza respetaba la autoridad espiritual del Papa, pero entraba en conflictos cuando éste quería ostentar su condición de soberano temporal en el plano político-administrativo, por lo que el diálogo entre ambas instancias soberanas era un protocolo necesario y continuo.

Cuando los Reyes Católicos accedieron al trono de Castilla existía ya una diplomacia establecida para tratar las negociaciones con Roma, pero los monarcas españoles, en su afán de impulsar con mayor rapidez sus proyectos de reforma eclesiástica, restauración política, y mayor presencia internacional, emplearon una diplomacia mucho más sofisticada en la que la “propaganda” sobre sus virtudes y proezas era parte esencial para justificar ante la Santa Sede las pretensiones de la Corona. El centro difusor de estos mensajes laudatorios fue la Corte, que adquirió un cariz propagandístico de primer orden convirtiendo al rey Fernando en un monarca carismático, llamado a dirigir la república cristiana, y recuperar Tierra Santa. Era una nueva forma de hacer política basada en la fama y el prestigio.

Roma, sede del Papado y centro de la cristiandad, se convirtió en el escenario idóneo para esta nueva forma de representación, y los RRCC desarrollaron allí una intensa actividad propagandística utilizando diversas vías: discursos pronunciados ante la Curia, libros sobre sus hazañas personales, celebraciones litúrgico-festivas con gran ceremonial, procesiones, torneos, etc.

Para este “despliegue mediático” contaban con múltiples colaboradores que se encuadraban en distintos grupos:

El primero estaba formado por aquellos personajes que desde la corte real favorecieron una producción cultural y artística en Roma; los prelados Pedro González de Mendoza o Diego de Muros II, fueron algunos de ellos.

Un segundo grupo era el de los embajadores, que a su misión diplomática añadieron actividades culturales y de mecenazgo.

El tercer sector propagandístico lo conformaba, tanto el clero español establecido en la ciudad, como humanistas afines a los intereses españoles.

Los cardenales Rodrigo de Borja y Bernardino López de Carvajal estarían entre los primeros, y un nutrido grupo de oradores, intelectuales, y artistas, que propiciaron una abundante producción literaria de temática hispana, entre los segundos.

En cuarto y último lugar estaba la comunidad castellano-aragonesa instalada en la Ciudad Eterna, cada vez más ligada a los intereses de la Corona y muy participativa de sus triunfos.

Será en el tercer grupo de los citados, el de los “oradores humanistas”, donde las fuentes históricas y bibliográficas encuadren a Pedro Bosca, autor del discurso que contiene el libro expuesto.

La toma de Málaga en 1487 impactó en la Curia con gran resonancia y expectación. El largo asedio de la ciudad y la victoria final dio lugar a una cadena de celebraciones que se prolongaron en Roma hasta febrero de 1488. Las noticias del sitio y la esperanza de una rápida victoria llegaron a principios de julio, y el día 9 de ese mes se celebró una misa en la iglesia de Santiago de los Españoles, seguida de algunos festejos.

Para celebrar la capitulación definitiva, el día 10 de octubre Inocencio VIII hizo sonar todas las campanas de Roma y ordenó que aquella tarde se encendieran “infinitos fuegos”. Al día siguiente, el Papa asistió a la misa que se celebró en Santa María del Popolo para “dar gracias a Dios y a su gloriosa Madre”. Diez días después, el 22 de octubre, Pedro Bosca, curial aragonés afecto al rey Fernando y encargado de la celebración, pronunció un elocuente discurso en el que explicaba a los oyentes cómo Isabel y Fernando combatían a los enemigos “...no por sentirse hostigados sino encendidos solamente por el celo de su Fe...” enmarcando así la conquista de Málaga dentro de un proyecto amplio de Cruzada.

El Discurso de Pedro Bosca.

“Oratio Petri Bosca...in celebritate victorie Malachitane per Serenissimos: Ferdinandu & Helisabeth Hispaniarum principes catholicos...” Bajo este título y en el taller de Silber, uno de los impresores más prolíficos en la Roma de 1487, se imprimió el sermón que Pedro Bosca, Doctor en Artes y Sagrada Teología, Auditor del Reverendísimo Sr. Cardenal de San Marcos, pronunció ante el Colegio Cardenalicio en la citada fiesta por la victoria malacitana.

El orador inició el sermón dando muestras de alegría por sentirse honrado al ser el encargado de comunicar la proeza de sus Reyes, a la vez que manifestaba el temor de no estar a la altura del acontecimiento por la premura con la que se le hizo el encargo. Inmediatamente después, tras recordar a los asistentes que se habían reunido para dar gracias a Dios, a su Inmaculada Madre Santa María, a los beatísimos apóstoles Pedro y Pablo, y a Santiago, defensor de las Españas, por la feliz y durante mucho tiempo deseada victoria, pasó a explicar los sucesos, poniendo gran empeño tanto en el orden de los acontecimientos, como en el enaltecimiento de los Reyes; enumerando sus virtudes y atribuyéndoles unas cualidades más divinas que humanas.

Remontándose a los primeros triunfos en los Reinos de Castilla y Aragón, resaltaba sobremanera la clemencia y humanidad de los Monarcas para con los vencidos, a los que en lugar de aplicarles castigos con muerte violenta o cárcel, se los atraían a su obediencia y fidelidad, superando con ello a todos los reyes anteriores, por lo que eran adorados por sus súbditos.

Continúa explicando cómo una vez devuelta la paz a estos reinos, Isabel y Fernando, que llevaban con mal ánimo el que el Reino de Granada estuviese sometido a la tiranía de sus habitantes, pensaron la manera de cómo poder superarlos. Fue entonces cuando se les ocurrió que aplicando el dicho de David *“el Señor es mi ayuda, no temeré lo que pueda hacerme el hombre”* los enemigos serían vencidos.

Y así, avisados por el oráculo de Santiago, patrón de las Españas, esperaron sin vacilar en su Fe, siendo sabedores de que a través de sus personas el *“Señor Omnipotente”* aplastaría el centro dominador.

La conquista de Alhama fue la primera de una cadena de victorias, y la describió de forma detallada haciendo hincapié en la religiosidad que profesaban los soldados y en la observancia tan estricta que hacían del culto divino, explicando cómo los religiosos pronunciaban sermones sobre la ley de Dios para despertarles su entusiasmo. Mencionó también el hospital de la Reina que acompañaba al ejército, del que decía estaba dotado de todo lo necesario para curar a los enfermos y heridos en las batallas. Habló de la disciplina de los soldados, de su honestidad y profesionalidad.

Cuando se refería a Isabel lo hacía enalteciendo sus virtudes y belleza. La sitúa en la ciudad más cercana al campamento desde donde desplegó toda una campaña de ayuda al ejército. Relató cómo eran sus acciones piadosas y cómo asistía a todos los cultos para orar por la victoria. Atribuyó tanto mérito a las actuaciones de la reina fuera del campo de batalla, que incluso llegó a decir *“...por todo cuanto el uno al otro se preocupan de complacer, para servir juntos a Dios, resultaría casi imposible reconocer a quién podríamos preferir”*

Continuó el discurso aludiendo a las victorias de Álora, Setenil, Coín, Ronda, Marbella, Cártama, etc., y de cómo los Monarcas en ese año tan afortunado conocieron que los gobernantes de esas tierras habían puesto la flor de su ejército en la ciudad de Málaga *“...la primera de todo el reino después de Granada, famosísima por su comercio e ilustrísima en nuestro mar Mediterráneo...”* fortificada con un muro inexpugnable, y dotada de bombardas, cañones, y máquinas de guerra. Con 20000 ciudadanos y alrededor de 15000 hombres selectos y expertos en el arte de la guerra.

Así presentó Bosca la ciudad objeto del festejo ante el auditorio que lo escuchaba, y a renglón seguido empieza a detallar el Sitio que se inicia tras la rendición de Vélez Málaga.

El día 5 de las kalendas de mayo, pusieron los campamentos junto a los muros y tomaron los arrabales al primer asalto. Describe pormenorizadamente la formación del ejército y a sus hombres, que querían la destrucción y devastación de la ciudad entrando por tierra y mar. Pero los Reyes, que no tenían *“...sed de sangre de aquellos que si conservaban la vida, se convertirían a Dios...”* hicieron caso omiso a estas aclamaciones militares y prefirieron aguantar, sabedores de que el hambre, por la falta de víveres de primera necesidad, obligaría a sus habitantes a rendirse, no sólo por la violencia de las máquinas de guerra sino también por el largo asedio.

Cuenta cómo el Señor Rey de Granada intentó auxiliarlos sin éxito y también habló del atrevimiento, igualmente fallido, de quienes pretendieron matar a los Reyes. No daban abasto para defenderse, los muros golpeados por las bombardas dejaban sin protección la ciudad, y la falta de alimentos era insostenible. Intentaron negociar con los Reyes una rendición digna que les permitiera pasar a África, pero los monarcas no aceptaron ninguna negociación salvo lo que ellos, y su ya conocida clemencia, tuvieran a bien conceder y ordenar. *“...Mandaron que libertasen a los cristianos cautivos y entregasen todo el oro y la plata, y salidos de la ciudad, con su único vestido, dejados*

los bienes y las fortunas tanto públicas como privadas, habitasen sometidos a perpetua esclavitud allí donde los Príncipes mandaran... ”

La Toma de la ciudad la describe al detalle, dando cifras del número de esclavos sometidos y cristianos liberados, y explicando, a la vez, el ceremonial protocolario cuando los Reyes, ovacionados, entraron invictos proclamando “...*alabanzas inmortales a Dios...concesor de todas las victorias y justísimo sometedor de todas las bárbaras naciones...*”.

Después de hacer extensivas a Inocencio VIII las alabanzas por la victoria, al ser durante su pontificado cuando se habían registrado estas hazañas, continuó recalando que Isabel y Fernando eran los únicos monarcas del orbe cristiano dedicados a combatir en esta cruzada y que no desistirían hasta destruir o convertir a todos, y resuelto el asunto de Granada, que ya tenían entre las manos, pasarían a África.

Concluye el sermón proclamando nuevamente las virtudes de los Reyes y alentando a los cardenales reunidos a que junto al Papa, continúen apoyando y auxiliando a estos soberanos con la munificencia de sus beneficios.

Un incunable de 1487

El término incunable viene del latín “*incunabulae*” y es el nombre que reciben los primeros libros impresos con caracteres móviles.

Su traducción literal “en la cuna” indica claramente que son ejemplares nacidos en los momentos iniciales de la nueva industria impresora, de ahí el valor incalculable que alcanzan no solo por su antigüedad, sino también porque a través del estudio de sus páginas y la conformación de sus cuadernillos, se puede analizar la evolución del descubrimiento tecnológico de mayor repercusión social del siglo XV: la imprenta.

La cronología de los incunables va desde 1450 a 1501, siendo los primeros impresos los que salieron del taller de Johann Gutenberg en Maguncia. Desde Alemania, la revolucionaria técnica, de trascendencia inimaginable para aquella época, se extendió por toda Europa, llegando a España en 1472 de la mano de Juan Parix, impresor que en su taller de Segovia sacó a la luz “*El Sinodal de Aguilafuente*”, libro del que se conserva un ejemplar en la Catedral de Segovia y que contiene las actas del sínodo celebrado a principios de junio de ese año.

Los incunables, además de situarse en un periodo histórico perfectamente delimitado, tienen características comunes que permiten su rápida identificación.

El libro expuesto vio la luz, como hemos dicho ya, en el taller de Eucharius Silber, tipógrafo de origen alemán que imprimirá en Roma desde 1480, y al igual que otros dos opúsculos latinos impresos también por Silber en 1488, y escritos por Diego de Muros II, forma parte de la producción histórico-literaria de siglo XV sobre la Guerra de Granada.

Nuestro ejemplar presenta las características comunes a ellos y algunas variaciones que lo individualizan: texto en latín, formato 4º, 11 páginas impresas y otras 10 en blanco, sin foliar, lomo en pergamino con título grabado, cubierta en cartón coloreado a varias tintas, carece de firmas tipográficas, de reclamos, apostillas marginales y colofón.

El texto se inicia en el incipit donde informa de la autoría, lugar, fecha, y motivo de la celebración.

Único incunable que posee el Archivo Municipal fue comprado en el año 1989 por el Ayuntamiento de Málaga, y desde esa fecha forma parte del valioso fondo bibliográfico de la Biblioteca Auxiliar, siendo el ejemplar impreso más antiguo que poseemos.

Traducción

[1] Discurso de Pedro Bosca, doctor en Artes y Sagrada Teología, Auditor del Reverendísimo Sr. Cardenal de San Marcos, habido en Roma en el 11 de las kalendas de noviembre (22 de octubre) al Sagrado Colegio Apostólico de Cardenales, en la fiesta de la victoria malacitana, lograda felizmente por los serenísimos Fernando e Isabel, Príncipes Católicos de las España, en el año de Cristo 1487

Nunca pudo sucederme nada más deseado, Padres amplísimos: el que en el día de hoy de esta sacratísima sesión vuestra tenga que pronunciar un especial discurso sobre el asunto que os ha congregado en este santísimo templo, atraídos por una cierta, singular y casi divina piedad. Sin embargo este tema de discurso lo hubiera recibido tanto más agradablemente, si se me hubiese pedido unos cuantos días antes.

Pues no me hubiese atrevido atribuirme tanto honor como para presumir y disertar improvisando, con un discurso fuera de lugar acerca de cosas tan importantes y delante de este vuestro sagrado Colegio.

Por lo cual me daréis vuestra venia, Padres, si mi discurso no va a responder a la magnitud y dignidad de las cosas que tengo que hablar, al mismo tiempo que a vuestros castigadísimos oídos.

Pues os habéis reunidos, Padres amplísimos, para dar las gracias al Dios óptimo máximo y a su Inmaculada Madre Santa María y a los Beatísimos apóstoles Pedro y Pablo y a Santiago, defensor de las Españas, por la feliz y durante mucho tiempo deseada victoria con gran gloria del nombre cristiano contra los Moros, que tenían ocupada la ciudad de Málaga durante casi 675 años para desprecio de la fe católica; por los serenísimos e ilustres Fernando e Isabel, Príncipes invictísimos de Castilla y Aragón, y por cierto piadosa y religiosamente ofrecéis este oficio a Dios cuya diestra ha sido engrandecida con fortaleza y ha herido al enemigo y con su grandísima gloria derribó a nuestros adversarios. [1v] Así pues, teniendo que explicar de todas maneras el orden de esta gratísima victoria y las alabanzas de los Príncipes Católicos, querría ser tal que dotado de sumo ingenio, acérrima afición y óptimo conocimiento de las letras, o con asiduo y frecuente ejercicio de la palabra, aunque no de todas las cosas, lo que parece imposible, al menos algunas las pudiera alcanzar según la mediocridad de mi ingenio. Pues ¿quién, ya entre los escritores antiguos, ya entre aquellos que florecen en nuestra época, la del valentísimo Fernando y su magnánima consorte la Reina Isabel, no se sentirá abrumado con el cúmulo de estas cosas egregiamente realizadas?

Por lo cual (aunque muchos lo usurpen del príncipe de los oradores) no tendré que considerar como un defecto el pretender tratar la materia, con lo que será más difícil encontrar el final de este discurso que el principio.

Y ciertamente no sé, según sus méritos inmortales, según su virtud admirable, eximia, increíble y egregia, según su ánimo fortísimo y constantísimo, según su santidad, prudencia, según su atención a todo, su constancia, severidad, grandeza de ánimo, seriedad, religión y finalmente según su piedad hacia el Dios inmortal y hacia el sumo Pontífice Inocencio VIII y hacia este singular colegio Apostólico de varones, por la devoción a la Santa Sede, ¡con qué cantos, himnos los celebraré, y con qué alabanzas los levantaré hasta el cielo!. Pues estando adornados por el parentesco antiguo y nobilísimo de los Reyes Españoles y estando verdaderamente ilustrados por

el esplendor de tantas ciudades y los títulos de tantos reinos y provincias, y floreciendo con grandes honores y con la gloria de tantas cosas felizmente realizadas y estando decorados con todos los dones de la naturaleza y de la gracia, de tal manera que no parecen nacidos por el beneficio de un mortal sino de un Dios inmortal y por cierto singular privilegio, no solo para las Españas afligidas por muchas derrotas en la patria y fuera de ella, sino para la religión cristiana universal, parecen caídos del cielo. Felices por tanto las Españas en esta nuestra edad por quienes hicieron realidad aquellos fabulosos siglos de oro, no por los versos de los poetas sino por los hechos mismos.

[2] Expulsados por concesión de la diestra del altísimo todos los enemigos de todas las partes tanto de los de dentro como los de territorios cercanos, se consiguió gloriosamente la victoria sobre todos ellos, se restableció la paz en los Reinos de Castilla y Aragón, sometiendo a aquellos que se atrevieron a levantar su cerviz contra el Santo Centro Real.

Conservada la acostumbrada clemencia hacia todos en un cambio tan grande de fortuna (lo que en cierto modo parece increíble), que casi a ninguno y realmente a ninguno los obligaron a aplicar castigos por los pasados crímenes con muerte violenta o con la cárcel, sino que más bien con beneficios y por la autoridad real, por la que superan con muchos a todos los Reyes anteriores, los volvieron a su obediencia y fidelidad.

Pues esta clemencia se unió en estos Príncipes Católicos a una autoridad suprema y a una cierta majestad divina. Y su humanidad era increíble de modo que nadie de sus súbditos puede encontrarse que no lo quiera como a sus propios padres y a sus prendas más íntimas, y no los ame, no los honre, no los venere, con todas sus fuerzas. Así pues, devuelta la paz a estos reinos y aplacados todos, y llevando con mal ánimo los príncipes cristianos el que aquella parte de la provincia Bética (que actualmente llaman Reino de Granada) estuviese sometida a la secta de Mahoma bajo la mano feroz de los Moros, quienes después de los tiempos del desgraciado y perdidísimo conde Julián, ejercían en ella la tiranía mandando ellos mismos en las Españas.

Y pensando frecuentemente consigo mismo de qué manera podrían superar a estos peligrosos enemigos de la religión, borrándolos hasta la muerte o convirtiéndolos al culto de la fe sagrada, se les ocurrió a sus piadosas mentes aquello de con qué poder la diestra del Señor (según el Profeta) había obrado maravillosamente en ellos y de qué modo confiando en el Señor aplicando aquel dicho de David “el Señor es mi ayuda, no temeré lo que pueda hacerme el hombre”, los enemigos huyeron delante de ellos. Y aceptada por el Altísimo esta situación habían sido liberados del ataque y de la afición de todos sus enemigos. Avisados por el oráculo divino de Santiago, patrón de las Españas, esperaron firmemente sin vacilar en la fe por la cual por medio de ellos [2v] el Señor omnipotente aplastaría el centro de los impíos y quebraría la vara de los inicuos dominadores.

Por lo cual, siguiendo el santísimo propósito, hace 4 años conquistaron Alhama, ciudad muy fortificada situada en el interior del Reino, matando a los enemigos y liberando muchos cautivos cristianos que habían sido obligados a someter durante muchos años sus cabezas unidas por el sagrado crisma al duro yugo de los inmundos.

Y en ella erigieron después basílicas religiosamente, para ofrecer sacrificios a Dios, adornándolas con amplísimos privilegios para que donde durante tantos años había abundado el pecado allí abundase también su gracia, con cuya ayuda y auxilio se había conseguido la victoria.

Este hecho fue llevado a término felizmente sin que nadie lo esperara, con la ayuda de Dios, de manera que aquella ciudad fue conquistada antes de que empezara su asedio. Aterró a los enemigos criminales y contrarios a la fe, de forma que los males que poco después acontecieron los veían en cierto modo colgar sobre sus cabezas. Y nuestros Reyes por el contrario, habiendo augurado por esta rápida victoria un éxito próspero y muy favorable, las cosas que empezaron con felicidad las prosiguieron con mayor felicidad, aun conseguidas por tierra con un ejército fuerte y por mar con una potente escuadra, de tal manera que en ningún aspecto fue inferior a las antiguas expediciones de los más ilustres emperadores, ya queramos investigar el número, ya el orden, ya la fortaleza de ánimo, ya la disposición.

A todos aquellos ejércitos de los que ya hemos oído o hemos leído los supera fácilmente porque se aguardaba en él una observancia tan grande en el culto divino que fácilmente podemos juzgar al ver los sacrificios que allí tan frecuentemente se celebran y los sermones y exhortaciones sobre la Ley de Dios que pronuncian casi a diario los religiosos y los más doctos sacerdotes para animar y confirmar los ánimos de los soldados y los mismos Príncipes católicos avanzan con una disposición tal que más bien desean propagar la fe que ampliar su Imperio terreno, más establecer el culto divino que aumentar para sí un gran pueblo. Igualmente siguen al religiosísimo ejército [3] para que no pueda faltarle nada casi 400 carros cubiertos con toldos que llaman el Hospital de la Reina, en los que se halla con gran dotación y abundante lujo, cuanto para curar a los enfermos o a los heridos en batalla, pueda ser necesario en medicina o cirugía, sirviendo y administrando en este oficio honestísimas y experimentadas matronas.

No existía ningún libertinaje, no había rufianes, ningún perjurio. Finalmente ninguna clase de juegos de azar se permitían en el ejército, para que no pudiese darse ocasión de comportarse mal e incorrectamente. Residió en aquellos años anteriores (antes de que bajase al campamento) la severísima Reina en la ciudad cristiana más cercana al mismo campamento, suministrando con suma diligencia las cosas necesarias para el ejército, disponiendo con religiosísimo cuidado y con singular piedad hacia las cosas divinas y sagradas con muchísimo interés, las vestiduras sagradas tejidas con seda y oro y los vasos de oro y plata y todas las demás cosas que son necesarias para erigir y consagrar los templos en las ciudades y fortalezas conquistadas para aumentar el honor divino.

No desistiendo de visitar a pie todas las iglesias de esa ciudad con súplicas casi cotidianas (que nosotros llamamos procesiones), despreciando la fragilidad de niña que prácticamente tiene. Por la increíble belleza de la que fue adornada por singular privilegio por el supremo artífice de la naturaleza, supera con facilidad a todas las mujeres de nuestra época. Igualmente en una capilla apartada todos los días y noches cien devotísimas matronas hacen plegarias a Dios con continuas súplicas por el feliz desenlace de los hechos. Entre cuyo número la Señora Católica ocupa su lugar, que guarda religiosamente en una hora fijada por ella y en un día, dejando a un lado todas las demás cosas. Por donde si se consideran las gentes ilustres del invicto Rey en el ejército y los ejercicios piísimos de la santísima Reina en la ciudad vecina, por todo cuanto el uno al otro se preocupan de complacer, para servir juntos a Dios, resultaría casi imposible reconocer a quién [3v] podríamos preferir.

Pero volvamos al ejército ordenado con fortaleza y sabiduría de modo que parece y es digno de un invicto emperador.

Por ello, en aquellos años anteriores (siempre con la ayuda de Dios), fueron sistemáticamente devastados y arrasados los campos de los bárbaros hasta las murallas de las Ciudad de Granada de manera, que ninguna o pocas provisiones fue

posible reponer a los enemigos en aquella provincia. A Álora, Setenil, Coín, Ronda, Marbella, Cártama, Casarabonela, Loja y otras poderosas ciudades: Moclín, Montefrío, Illora, Cambil, Colomera y otras ilustres y fortificadísimas fortalezas que sería largo enumerar, las tomó el ejército vencedor de los Príncipes Católicos, en parte con asedios breves y en parte, por rendición. Y en todas ellas en seguida, procuraron que se erigieran y consagraran religiosamente templos. En este tan feliz y afortunado año, sus Majestades los Reyes, conocieron que los moros habían puesto toda la flor de su ejército en la ciudad de Málaga, la primera de todo el reino después de Granada, famosísima por su comercio e ilustrísima en nuestro mar Mediterráneo, y la fortificaron con un muro inexpugnable con todo arte e ingenio de bombardas, cañones y máquinas de guerra. En ella se encontró que había, además de los restantes ciudadanos que eran unos 20.000, alrededor de 15.000 hombres selectos y expertos en el arte de la guerra.

Tomada anteriormente por rendición la ciudad de Vélez-Málaga, famosa por su excelente puerto, determinaron trasladar toda la máquina de guerra para sitiar Málaga.

Así pues, el día 5 después de las kalendas de Mayo (5 de mayo), pusieron los campamentos casi junto a los muros de la ciudad y tomaron los arrabales el primer asalto no sin grave daño de los cristianos. En este asedio, como se hubiese luchado con suma violencia en algunas aunque ligeras escaramuzas y hubiesen caído algunos de los nuestros, aunque subieron al cielo [4] felices, los habitantes se defendieron pertinaz y acérrimamente, a pesar de ser tan grande la fuerza del ejército real en el que había 15.000 jinetes selectos, de los cuales casi 8.000 eran nobles insignes, igualmente podían contarse 60.000 infantes fuertes y además 8.000 carros, para el uso de catapultas y de las demás máquinas, aparte de una escuadra marítima poderosa que constaba de 400 naves.

La misma ciudad hubiera podido fácilmente ser destruida con un único asalto, proclamando todo el ejército, que debía hacerse el asalto contra los asediados por tierra y por mar sin interrupción, hasta la destrucción y devastación de la ciudad. Pero los clementísimos Príncipes, con deseo unánime, no teniendo sed de la sangre de aquellos que si conservaban la vida se convertirían a Dios, que no hace acepción de personas, sino que algunas veces se digna a llamar así misericordiosamente a sus feroces perseguidores, nunca estuvieron de acuerdo con esas aclamaciones militares y estimaban en más conservar incólume a un único varón señalado con el signo de Cristo que matar a mil enemigos, siguiendo el dicho de Octaviano Augusto que solía decir que “era propio de un ánimo infantil y ligero poner en peligro con sucesos inciertos la seguridad de los ciudadanos fieles por el ardor de triunfar y por la victoria”.

Por lo cual, habiendo comprendido que la carestía y exagerada escasez de alimentos y una recia hambre atormentaba a la ciudad, decidieron obligar a los ciudadanos a rendirse no sólo por la violencia de las máquinas de guerra (al no atreverse ninguno de los ciudadanos a efectuar una salida para venir a las manos con nosotros) sino también por un largo asedio.

En aquel tiempo nada fue omitido por los pérfidos y obstinados enemigos, experimentando todo tipo de cosas para librarse del asedio. No les faltaron auxilios del rey Señor de Granada, quien intentaba enviar jinetes e infantes selectos a la ciudad a través de las montañas. Pero conocido este hecho por los nuestros y enviados los que se lo impidieran, quedaron interceptados, derrotados, desechos, rotos y totalmente heridos.

[4v] No faltaron quienes por medio de insidias, con desprecio de la propia vida y repitiendo la hazaña memorable de Mucio Escévola, intentaron arremeter contra los

Reyes, pensando que a costa de un pequeño atrevimiento, muertos ellos, se pondría fin a la guerra, y los peligros inminentes quedarían apartados de toda África.

Pero por su excelsa virtud, el Dios omnipotente, quebró la potencia de aquellos y sus temerarios consejos y se dignó volverlos para perdición de los que pretendían perpetrarlos. Así pues, los ciudadanos se vieron detenidos por muchas artimañas y no daban abasto para defender y atenderlo todo, pues ya los muros eran golpeados por la enorme cantidad de bombardas y también muchas partes estaban machacadas y dejaban desnuda a la ciudad con el amontonamiento de ruinas y muchos también habían perecido con las heridas de las máquinas y de los proyectiles. Crecía al mismo tiempo, la escasez de todas las cosas por el largo asedio y disminuía la esperanza de ayuda exterior y ya todos pensaban o en una muerte vergonzosa (aunque justísima) o en una miserable huida, no habiendo ninguno de ellos que pudiese mirar sin llanto a sus hijos, a su mujer, a su casa, a sus techos y a su hogar familiar. Por eso intentaron por medio de algunos de los suyos, si podían obtener de algún modo estas condiciones de la rendición por parte de los Reyes Católicos: a saber, el que les estuviese permitido al dejar la ciudad pasar libremente a África con aquellas cosas que pudiesen llevar consigo. Como se les hubiese dado respuesta de que no conseguirían ninguna otra condición excepto aquella que los Príncipes invictos, por una cierta y singular clemencia, quisiesen conceder y ordenar, mandaron que libertasen a los cristianos cautivos y entregasen todo el oro y la plata, y salidos de la ciudad, con un único vestido, dejados los bienes y las fortunas tanto públicas como privadas, habitasen sometidos a perpetua esclavitud allí donde los Príncipes mandaran.

[5] Como ya les faltase toda esperanza de ayuda exterior, y ni sus armas, ni sus murallas les defendieran suficientemente, y hubieren consumido todas las cosas totalmente, de modo que para alimentar sus cuerpos no se privaron ni siquiera de los animales inmundos, que parece aborrecer la naturaleza humana y buscasen el alimento durante 33 días de los cueros reblandecidos con agua—increíble de decir—, un fuerte griterío del ejército exigía que se hiciera el asalto y la invasión de la ciudad. Señaladas estas leyes de la rendición por los vencedores Príncipes Católicos, aunque pesadas para ellos y amargas (aplicadas sin embargo por el justísimo juicio de Dios), obligados a una necesidad extrema se vieron empujados a aceptarlas, antes de permitir que sus cuerpos fueran destrozados y sus esposas e hijos fueran raptados y arrasados ante sus ojos. Tomada pues la ciudad, el día 15 de las kalendas de septiembre (18 de agosto), a saber en el tercer mes y en el día duodécimo después de que empezara el asedio, con una ingente cantidad de toda clase de cosas preciosas fueron sometidos al yugo de la esclavitud casi 35000 moros y libertados 600 cautivos cristianos que estaban oprimidos por una fiera servidumbre, con orden de los Príncipes, de que la victoria se atribuyese no a su nombre sino sólo a Cristo. Antes de que sus Majestades entrasen en Málaga, varones religiosos y devotísimos sacerdotes colocaron el estandarte de la Cruz de nuestra fe como trofeo singular en la zona principal de la fortaleza, pasando con himnos y cánticos por medio de la ciudad y de los enemigos sometidos. A ellos les siguieron el Rey y la Reina invictos y triunfadores, religiosísimos con toda clase de enseñas militares acompañados de los soldados vencedores, que ovacionando entraron en la insigne ciudad proclamando alabanzas inmortales a Dios óptimo, máximo, liberalísimo concesor de todas las victorias y justísimo sometedor de todas las bárbaras naciones. Aunque la religión cristiana extendida por todo el orbe deba participar de aquella gloria tan célebre, al tratarse el asunto de combatir todos los enemigos de la fe [5v] sin embargo, nuestro santísimo Señor Inocencio y vuestro sacratísimo Colegio (como fue fácil ver por las increíbles señales públicas de tan célebre alegría y felicidad) no sólo participa sino también debe ser considerado autor y

príncipe. Y así los príncipes Católicos, atribuyen todas estas alabanzas por tan numerosas frecuentes victorias felizmente conseguidas (contra los enemigos de la fe) a su santidad, a vuestro sagrado Colegio y a la Sede Apostólica y le conceden el principado de todas las cosas. Ayudado por ella, no sólo ya han recibido amplísimas indulgencias, una cruzada y finalmente la obtención de los diezmos y magníficos indultos por la gracia y la munificencia de un pontífice tan generoso, sino que también esperan conseguir mayores cosas de día en día. Y con razón, por cierto, pueden contar con ello con gran seguridad, siendo los únicos príncipes del orbe cristiano que pueden encontrarse (si los demás me lo permiten) dedicados a combatir y a destruir a los enemigos de la fe. Y están aplicados a esta empresa, de tal modo que parecen no querer desistir de ella antes de que quede totalmente destruida toda la gente mahometana o convertida al culto de la verdadera y ortodoxa religión. Pues resuelto el asunto de Granada, que parecen tener casi en las manos (con la gran ayuda de Dios), no creamos ni pensemos, Oh Padres, que los ánimos invictos y ardientes por el fervor, tanto de la guerra como de la fe, e iluminados por la luz del cielo, están ya contentos con sólo esta empresa. Pasarán al África, y gloriosos por tantas gestas realizadas prósperamente, con la ayuda del Señor y tantas victorias conseguidas, derribarán al inmundo de Mahoma y propagarán el Santísimo Nombre de Cristo.

El felicísimo Pontífice Inocencio VIII, en cuyo pontificado se registrarán las excelsas hazañas y los triunfos del rey Fernando V y de la reina Isabel, Príncipes invictos de las Españas, no es ciertamente menor en esta clase de alabanzas sino mucho más ilustre que Inocencio III su predecesor, en cuyo tiempo de Fernando III rey de Castilla y de León reconquistó Sevilla, Córdoba y [6] fortalezas vecinas. Pues aquel, como los demás Reyes de las España que reinaron antes de los nuestros, hizo la guerra a fin de que no se viese oprimido más gravemente por los bárbaros que invadían sus fronteras con perniciosísimas incursiones e innumerables matanzas.

Los nuestros, en cambio, no por sentirse hostigados sino encendidos solamente por el celo de la fe les declaran voluntariamente la guerra y los tienen ya casi derrotados. Se han unido sin embargo los santísimos nombres de Inocencio y de Fernando, por cuya unión son derrotados los enemigos de la fe, la religión cristiana se propaga y todo el pueblo espera conseguir la paz y la tranquilidad perpetua. Además se han unido, con el recto mandato de todos, las virtudes más necesarias: a saber, la inocencia y la fortaleza, por cuya unión en la república cristiana vosotros, Padres amplísimos, debéis alegraros muchísimo y felicitaros mutuamente, procurando continuamente como con frecuencia estáis acostumbrados a hacerlo, aunque cada uno está ya animado espontáneamente para ello, a que el santísimo Pontífice Inocencio Junto con vosotros quiera, ame, ayude y anime con interés a los serenísimos verdaderamente católicos Fernando e Isabel a proseguir la santa obra comenzada por la munificencia de sus beneficios y de los dones espirituales que en breve espero que veremos en sus manos, ayudado por vuestro poderoso auxilio y por vuestras plegarias que Mahoma, al menos en las regiones de Occidente, ha sido borrado hasta la raíz. No sólo en las Españas sino también en toda el África se ha levantado el trofeo de la cruz y del mismo modo que levantadas en alto las manos de Moisés eran vencidos los Amalecitas, así el señor Inocencio VIII y los de vuestro colegio apostólico confortarán a sus siervos Fernando e Isabel, Príncipes piadosísimos de las Españas, para que completen de obra lo que planificaron con piadoso y religioso ánimo y con auspicios divinos. Lo que se digne conceder aquel que vive y reina por los siglos de los siglos. AMÉN.

Traducción realizada por:

ALFARO BECH, Virginia. "Discurso pronunciado por el obispo español D. Pedro Bosca..." En: "*Miscelánea de documentos históricos urbanísticos malacitanos*" Málaga: Ayuntamiento, 1989. p. 466-487

Oratio Petri Bosca artium & sacre Theologie Doctoris. R. D. Cardin. S. Marci Auditoris Romę habita xi. Kal. Nouembris ad sacrum Cardinalium Senatium Apostolicum. In celebritate uictorie Malachitanę per Serenissimos: Ferdinandū & Helisabeth Hispaniarum principes catholicos: feliciter partę: Anno Christi. M. cccc. lxxxvii. :

Nihil unq̄ mibi optatius/accidere potuit: patres ampliss. q̄ ut hodierna die/in hoc sacratissimo consessu uestro/orationem sum habiturus: de ea potissimum re/que singulari quadā/ & prope diuina pietate allectos/ad hoc sanctissimum templum congregauit: Quam tamen dicendi prouinciam/ eo libentius suscepisseni/ si ante/per aliquos dies demandata mibi fuisset: Non enim tantuz mibi arrogare ausim/ ut extemporanea oratione/ de rebus grauissimis/ & apud hunc sacrum Senatium uestrū in promptu disserere pręsumā: Quare dabitis ueniam patres/ si magnitudini/ ac dignitati rerum/ de quibus dicturus sum/ simul & uestris castigatissimis auribus/ mea non respondebit oratio. Conuenistis nanq; patres ampliss. reddituri gratias deo optimo maximo: & eius inter meritę genitrici Dię Marię: Beatissimisq; apostolis Petro & Paulo/ atq; Iacobo Hispaniarum defensori/ pro felici/ & diu desiderata uictoria/ aduersus Mauros/ qui Malacham urbem/ annis ferme sexcentis septuaginta quinq; in fidei Catholicę contemptum/ occupatam obtinebāt; per Serenissimos & inclitos Fernandum & Helisabeth/ Castellę & Aragonum principes inuictissimos nuperrime/ cum ingenti Christiani nominis gloria parta: & pie quidem ac religiose/ id officium/ deo persoluitis/ cuius dextera magnificata est in fortitudine/ percussitq; inimicum/ & in multitudine glorię suę deposuit/ aduer